

Del archivo a la escritura. Narrar la historia de las mujeres desde la microhistoria

From the archive to writing. Narrating women's history from a microhistorical perspective

ANA GALDÓS MONFORT*

Universidad del País Vasco (UPV/EHU)

ORCID: 0000-0003-1068-9991

doi: 10.20318/femeris.2026.10425

Resumen: Este artículo aborda cómo la microhistoria y la escritura narrativa permiten rescatar y representar las vidas de mujeres comunes a partir de fuentes documentales. A través de una práctica investigadora que combina rigor académico y sensibilidad literaria, se explora cómo las huellas dejadas en los archivos –testamentos, pleitos, contratos– pueden convertirse en relatos vivos.

Palabras clave: microhistoria, historia narrativa, representación femenina, archivo, divulgación, escritura.

Abstract: This article discusses how microhistory and narrative writing enable the recovery and representation of the lives of ordinary women based on documentary sources. Through a research practice that combines academic rigour and literary sensitivity, it explores how the traces left in archives –wills, lawsuits, contracts– can be turned into living stories.

Keywords: microhistory, narrative history, female representation, archive, dissemination, writing.

1. Introducción: entre el archivo y la pluma

La historia que se escribe en los márgenes no suele aparecer en los discursos ni en los manuales. Es una historia sin estatuas ni gestas militares, pero cargada de humanidad. Es la historia de las mujeres comunes, pero también de los labriegos, aprendices, sirvientes, esclavos y pobres; en definitiva, de todas aquellas personas que quedaron fuera del relato oficial. Desde hace más de dos décadas, mi trabajo como historiadora ha estado guiado por la necesidad de dar voz a estas figuras silenciadas. Con formación académica y técnica narrativa adquirida en talleres de escritura, he transitado entre el archivo y la literatura para transformar documentos en relatos.

*ana.galdos@ehu.eus

Esta práctica ha encontrado cauces en dos espacios fundamentales: el canal de Historia de *El Diario Vasco*, donde publico artículos mensuales basados en fuentes primarias, y el ensayo *Espacios femeninos a finales del Renacimiento: vida, trabajo y memoria de las mujeres irundarras*, fruto de una beca de investigación. Ambos formatos responden a un mismo objetivo: mostrar que las mujeres no solo estuvieron, sino también actuaron en la historia.

En el año 2022, *El Diario Vasco*, el medio generalista de referencia en Gipuzkoa, creó un canal de Historia, llamado *Historias de Gipuzkoa*, con el objetivo de difundir artículos que dieran a conocer la historia de ese territorio. Para tal fin, invitaron a historiadores y periodistas que, de forma divulgativa, redactaran piezas que cubrieran cinco días semanales. Desde entonces, mi colaboración ha consistido en buscar historias inéditas, leer fuentes documentales, en especial, aquellas que muestran aspectos de la vida de las mujeres, y escribir con tono literario las experiencias femeninas.

También en 2022, el Ayuntamiento de Irun convocó la primera edición de la Beca Julia Iruretagoyena. Con la idea de investigar sobre los espacios femeninos en los siglos XV y XVI, presenté un proyecto que resultó ganador. Tal y como se indicaba en la propuesta presentada, quería entregar el resultado de la investigación no como un libro académico, sino como un libro al alcance de todo el público, por lo que para ello debía enfocarlo con una perspectiva literaria.

2. El enfoque de la *microhistoria*: mirar desde abajo

Mi punto de partida metodológico es la *microhistoria*, una corriente que me permite centrarme en trayectorias individuales para desvelar procesos colectivos. Frente a una historia de grandes hechos y personajes ilustres, la *microhistoria* pone el foco en las vidas pequeñas, en lo cotidiano. Es ahí donde se revelan los conflictos, las resistencias, los pactos, los silencios.

La elección de la *microhistoria* nace de una necesidad: comprender el pasado desde abajo, desde las vidas que quedaron fuera del relato principal. Desde este enfoque me interesa observar, por ejemplo, qué oportunidades tenía una soltera sin dote, cómo una viuda salía adelante, cómo una madre sola gestionaba una herencia o qué estrategias utilizaba una anciana sin recursos para sobrevivir. Frente a los grandes procesos y las cronologías generales, la *microhistoria* permite acercarse a la mirada y explorar los espacios donde las normas y las estrategias personales se entrecruzan. En mis investigaciones sobre las mujeres, ese enfoque se convierte en una herramienta imprescindible. Me permite seguir el hilo de una vida en los márgenes de un acta, en una cláusula testamentaria, en una escritura de compraventa, en una carta o en la anotación de un cuaderno de cuentas. Desde esa escala reducida, la historia se vuelve inteligible, porque muestra cómo las estructuras de poder se transforman en experiencias concretas.

Además, la *microhistoria* ofrece un modo de restituir la voz a quienes no la tuvieron. Las mujeres de su época apenas aparecen en los grandes acontecimientos ni en las crónicas que exaltan hazañas militares o gestas políticas. Sin embargo, habitaron los espacios

donde se tomaban decisiones cotidianas: la casa, el taller, la iglesia o el mercado. Giovanni Levi defendió que reducir la escala de observación no significa simplificar la realidad, sino descubrir su complejidad oculta. En esa escala mínima es posible observar cómo las reglas sociales se reinterpretan, cómo la obediencia convive con la negociación y cómo la norma se vuelve maleable. Desde ahí puede reconstruirse una historia que no necesita héroes, sino gestos ordinarios capaces de revelar el funcionamiento de una comunidad.

En esta línea, Natalie Zemon Davis demostró en *Mujeres en los márgenes. Tres vidas del siglo XVII* que la *microhistoria* puede convertirse en un instrumento privilegiado para escuchar voces femeninas que la historiografía había silenciado. A través de las historias de una monja católica, una pintora protestante y una naturalista judía, Davis mostró que la experiencia individual podía revelar tensiones globales entre religión, género y poder. Su método combina la lectura centrada en los indicios con la narración interpretativa, y propone que los márgenes –sociales, culturales o religiosos– son espacios de observación privilegiados. Ese planteamiento coincide con el sentido que otorgo a la *microhistoria* en mis investigaciones: recuperar las vidas que se ocultan en los bordes de los archivos y darles un lugar propio en el relato histórico.

Por otra parte, la *microhistoria* propone un cambio en la forma de escribir la historia. Carlo Ginzburg planteó que el historiador trabaja como “un lector de huellas”: su tarea consiste en reunir indicios, rastrear fragmentos y formular hipótesis a partir de lo que apenas se conserva. Este método resulta especialmente fecundo para estudiar el mundo femenino, donde las fuentes aparecen dispersas o silenciosas. Leer entre líneas un libro de fábrica o un proceso judicial no solo permite reconstruir un hecho, sino comprender las intenciones y los márgenes de acción de las mujeres que participaron en él. En ese sentido, el relato no es un adorno, sino una forma de razonamiento que hace visible el proceso de investigación.

Asimismo, la *microhistoria* invita a mantener un diálogo constante entre el individuo y la estructura. Jacques Revel propuso moverse entre escalas para entender cómo lo particular y lo general se condicionan mutuamente. Esa movilidad resulta esencial cuando se analizan comunidades pequeñas, donde una orden del concejo o una decisión del obispo inciden de manera inmediata en la vida cotidiana. Peter Burke señaló que la narración puede recuperar el sentido de los acontecimientos si el historiador incorpora la mirada de quienes los vivieron. Desde esa óptica, la historia local deja de ser periférica y se convierte en un observatorio desde el cual se comprenden las transformaciones sociales.

Como sostienen Sigurður Gylfi Magnússon e István M. Szijártó la *microhistoria* permite pensar la historia sin renunciar al rigor, pero reconociendo los límites de la generalización. En mi caso, esa limitación no es un obstáculo, sino una elección. Prefiero reconstruir una escena pequeña –una mujer que financia un retablo, que entrega cal para una obra, que reclama un derecho– antes que reiterar un discurso global que borra las diferencias. La *microhistoria* me permite narrar desde lo concreto y hacer visible lo invisible; transforma el archivo en un espacio de escucha, donde los silencios femeninos adquieren sentido.

En definitiva, la *microhistoria* se convierte en una forma de conocimiento que une método y compromiso. Su propósito no consiste en sustituir las grandes explicaciones, sino en complementarlas con la dimensión humana. Esa dimensión surge del contacto

directo con los documentos, de la interpretación de los indicios y del reconocimiento de la fragilidad de nuestras fuentes. Desde esa conciencia, las mujeres comunes dejan de ser un eco marginal y se incorporan al relato histórico como protagonistas de su tiempo. La *microhistoria* no solo las recupera, sino que les devuelve la palabra.

Por otra parte, desde el punto de vista literario, observar desde abajo la vida cotidiana de las sociedades me permite humanizar el pasado y centrar la narración en las personas, no en los hechos. A partir de este enfoque puedo construir escenas, situar a los personajes en su entorno y mostrar sus conflictos y sus decisiones. Desde esa mirada, los estereotipos sobre las mujeres del pasado se desmoronan. La documentación demuestra que no existía una única experiencia femenina, sino muchas, diversas y contradictorias, que solo se revelan cuando el análisis desciende a lo cotidiano.

Y es precisamente ahí donde comienza mi trabajo. El punto de partida de toda investigación es el archivo. En ese espacio donde la memoria se conserva, las vidas particulares reaparecen. La *microhistoria* me lleva hasta el documento, y el documento me devuelve a las mujeres que lo habitan. Desde esa conexión, el archivo se convierte en el lugar desde el que la historia vuelve a tomar cuerpo y voz.

3. El archivo como lugar de memoria

El archivo es el lugar donde surgen todas las historias que luego transformo en narración. Es el punto de partida y la guía que está presente en todo el proceso narrativo. Todos los archivos –privados, públicos o eclesiásticos– son susceptibles de contener historias. En cada uno de ellos hay estanterías repletas de legajos con historias que esperan ser leídas. En el caso de mis investigaciones sobre las mujeres guipuzcoanas, trabajo principalmente con los archivos eclesiásticos, notariales y municipales del País Vasco, pero también con los archivos estatales cuando la documentación lo requiere.

Entre los archivos eclesiásticos, el Archivo Diocesano de Pamplona es el que conserva una mayor riqueza documental. Debido a que durante los siglos XV, XVI y XVII, el periodo cronológico sobre el que centro las investigaciones, la mayor parte de Gipuzkoa dependía de la diócesis de Pamplona, la documentación relacionada con la vida familiar, los delitos de adulterio, divorcios o promesas matrimoniales se encuentran en este archivo. Y es, curiosamente, donde más experiencias femeninas podemos rescatar. Las fuentes documentales que aquí se conservan van mucho más allá de la simple certificación: contienen voces, conflictos, emociones.

En cuanto a los archivos estatales, el más relevante para mi ámbito de estudio es el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, donde se custodian pleitos en los que las personas –y en concreto las mujeres– aparecen actuando, declarando y reclamando. Allí la historia se muestra en movimiento, en el instante en que la palabra se convierte en testimonio.

Dentro del territorio de Gipuzkoa, el Archivo General de Gipuzkoa (AGG-GAO) es una fuente esencial. Sus protocolos notariales recogen contratos, testamentos, poderes y compraventas que permiten reconstruir la vida económica y familiar de las comunidades. Por

su parte, el Archivo Histórico de Euskadi ha digitalizado varios fondos privados y familiares, lo que facilita el acceso a documentación que, de otro modo, resultaría inalcanzable. Un claro ejemplo de ello son los fondos de la casa Olazabal o Zavala. A todo ello se suman los archivos municipales, donde se conserva la vida más próxima: las decisiones del concejo, los acuerdos vecinales, los censos y las pequeñas disputas que revelan la vida cotidiana.

Los documentos con los que trabajo son variados: pleitos, contratos matrimoniales, testamentos, cartas de pago, escrituras de compraventa, contratos de arrendamiento, discernimientos de tutoría y correspondencia personal. En todos ellos aparecen mujeres. Mujeres que defienden sus propiedades, su honor, que administran bienes, que heredan, que trabajan, que ordenan su legado o que simplemente buscan sobrevivir. Mi experiencia en los archivos contradice la idea, aún repetida, de que las mujeres no figuran en la documentación. Aparecen, y lo hacen de forma constante, en los márgenes de las actas y en el centro de los conflictos. No son figuras excepcionales ni heroínas solitarias, sino protagonistas silenciosas de la vida común.

Esa presencia femenina en los documentos me ha permitido, además, llevar la investigación al terreno de la divulgación. Todos los artículos que publico en *El Diario Vasco* nacen de una microinvestigación: parten siempre del documento original, nunca de fuentes secundarias. Leo, interpreto y construyo a partir de la fuente primaria. No hay atajo posible entre el archivo y el relato. Este proceso exige tiempo –porque cada texto requiere una búsqueda previa, una lectura detenida y una interpretación rigurosa–, y también adaptación, ya que el formato periodístico impone límites de extensión y ritmo. Cada mes selecciono una historia posible, elaboro un guion de personajes y escenas y escribo una narración que permita al lector acercarse a esa vida pasada desde la emoción y la evidencia.

La primera fase del trabajo consiste en revisar las bases de datos digitalizadas de los diferentes archivos. En ellas busco una regesta, una pista mínima que pueda transformarse en historia. Cuando un registro despierta mi interés, consulto el documento completo –si está digitalizado, lo leo en línea; si no, acudo al archivo–. Si el texto revela personajes, acciones o conflictos, empiezo una labor paralela de identificación: rastreo nombres, vínculos familiares, lugares y testigos. Elaboro así una biodata de la protagonista, una especie de retrato documental que me permite escribir con rigor sin abandonar el tono narrativo.

De ese modo surgió, por ejemplo, la historia de Catalina de Rivera, una mujer del siglo XVII que reivindicó su matronazgo en la iglesia parroquial de Hondarribia. Encontré su nombre en una regesta del Archivo Municipal de Hondarribia, donde se leía: “*Pedimiento y querrela de doña Catalina de Rivera, vecina de la villa de Ondarribia, contra los alcaldes ordinarios de la misma*”¹. Aquella breve nota mencionaba una disputa en torno a la colocación de un letrero sobre el altar de San Juan. Intuí que tras ese gesto había una historia de poder y de voz silenciada.

En el documento se podía leer que Catalina había financiado un retablo y que quiso dejar constancia de su nombre en una inscripción. Los regidores ordenaron detener el

¹ Archivo Municipal de Hondarribia, E-7-II-1-17.

montaje y, cuando se reanudó, el nombre de Catalina había sido raspado con un cuchillo. Aquella escena, tan precisa y tan simbólica, condensaba en sí misma siglos de historia femenina: la voluntad de ser reconocida y la resistencia del poder a admitirlo. A partir de ese pleito localicé su testamento, su contrato matrimonial y varias escrituras de propiedad. Con todo ello reconstruí la vida de una mujer que actuó, decidió y dejó huella.

Historias como la de Catalina son las que recuerdan que el archivo no es un lugar inerte, sino un espacio de vida. Entre sus legajos se escuchan las voces de quienes escribieron, dictaron o firmaron; voces que esperan a ser leídas para volver a existir.

Ahora bien, una vez localizado el documento, leído e interpretado queda la fase de escribir la historia de una forma narrativa y para ello es imprescindible rehuir de academicismos y aplicar la técnica literaria.

4. Del documento a la narración literaria

Después de reunir la documentación, comienza el momento de escribir. La escritura es el espacio donde el archivo se transforma en relato, donde los datos se convierten en vidas. Pero, ante todo, el principio que guía mi trabajo es la fidelidad al documento. Sin esa lealtad, cualquier narración perdería su sentido. Cada historia que escribo –ya sea un artículo breve o una investigación más larga– nace de una fuente concreta y se sostiene sobre ella. Como ya he mencionado más arriba, el archivo, además de ser el punto de partida, es la base sobre la que se construye la narración.

Ahora bien, ser fiel al documento no significa asumirlo como una verdad absoluta. Cada texto tiene una autoría, un propósito y un contexto. Los documentos no son inocentes puesto que responden a intereses, jerarquías y lenguajes de poder. A veces revelan tanto como ocultan, y su lectura exige escuchar lo que dicen, pero también lo que callan. Por ello, a la hora de narrar, hay que tener en cuenta las limitaciones que las fuentes documentales encierran.

Cuando empiezo a escribir, suelo hacerlo desde una escena. Me resulta más natural imaginar la historia desde un gesto, un espacio o un movimiento. En el caso de Catalina de Rivera, sabía, por la documentación², dónde vivía y la distancia entre su casa y la iglesia. Pude verla salir aquella mañana, caminar por las calles de Hondarribia, acercarse al templo donde se levantaba el retablo que ella misma había financiado. Esa imagen inicial me permitió situar al lector en el tiempo y en el espacio, y convertir la historia en una experiencia tangible³.

A partir de ahí, la escritura se convierte en un modo de recrear el mundo de los personajes. Intento mostrar su iniciativa, su capacidad de decisión, sus emociones. No me interesa retratar mujeres calladas ni figuras pasivas, sino mujeres que actúan, que toman la

² Archivo Histórico de Protocolos de Gipuzkoa. 3-0447, A178r-181v

³ Galdós Monfort, Ana (2025). Catalina de Ribera, una mujer que reivindicó su matronazgo. Publicado en *El Diario Vasco*, 25 de febrero 2025. <https://www.diariovasco.com/gipuzkoa/historia-gipuzkoa-catalina-ribera-mujer-reivindico-matronazgo-20250225173832-nt.html>

palabra, que se enfrentan a los límites de su tiempo; es decir, aquellas que rompen con los estereotipos y que representan la vida femenina de su época. Con el fin de continuar con la técnica narrativa, en el texto debe existir un conflicto, y en este caso era claro: el cartel raspado, la inscripción borrada con un cuchillo, el intento de silenciar un nombre. Desde ese gesto mínimo se construye la tensión del relato.

La narración también me permite recrear atmósferas: el sonido de los carpinteros, el olor de la madera, la luz dentro de la iglesia. Esos detalles no provienen de la invención, sino de la observación del documento y de la experiencia acumulada en otros textos similares. Gracias a ello puedo imaginar sin traicionar. Como decía el filólogo y escritor Erich Hackl, la fidelidad a la documentación no impide reconstruir lo que falta; obliga, más bien, a hacerlo con respeto. Cuando el archivo no ofrece un final claro –como ocurre en algunos pleitos sin sentencia conservada–, explico al lector esa ausencia y recorro a fórmulas condicionales: *probablemente, tal vez, es posible que*. Esa cautela no resta fuerza a la narración; la hace más honesta.

La historia de María Ruiz de Zurco⁴ es otro ejemplo. Esta mujer de Irun quiso sufragar una sepultura en la que se representaban danzantes, junto a su esposo fallecido y su hija. Las autoridades consideraron indecorosa la escena y ordenaron detener el montaje. Al día siguiente, la lápida apareció rota. María denunció los hechos y, finalmente, la justicia le dio la razón. A partir de esa documentación⁵ –el contrato, el pleito, la sentencia– pude reconstruir una escena cargada de sentido: una mujer defendiendo su derecho a decidir cómo ser recordada.

Con este mismo sentido narrativo, he trabajado la escritura del ensayo *Espacios femeninos a finales del Renacimiento: Vida, trabajo y memoria de las mujeres irundarras en los siglos XV y XVI*⁶, un proyecto de dos años de investigación financiado por el Ayuntamiento de Irun. En este caso, tanto el proceso de investigación como el de escritura fueron muy distintos. Ya no se trataba de consultar media docena de documentos para reconstruir un episodio que ocupara entre 1200 y 1500 palabras, sino de manejar un conjunto de 360 documentos localizados en distintos archivos. Para organizar esa cantidad de información diseñé una base de datos propia, que me permitió relacionar fuentes, identificar nombres y seguir trayectorias vitales.

En este caso, el proceso de escritura fue más complejo que los artículos para *El Diario Vasco*. Había que reconstruir la vida de las mujeres de los siglos XV y XVI, dar forma narrativa a un conjunto amplio de experiencias y encontrar un tono que uniera rigor e intimidad. Con el fin de alcanzar el grado de narración que deseaba, recurrí a la colaboración del asesor literario Rubén Arribas, con quien trabajé la estructura y el ritmo del texto. El resultado es un ensayo narrativo, donde la documentación se convierte en voz y las mujeres de su época recuperan su presencia en la historia.

⁴ Galdós Monfort, Ana (2025). Disputa por una sepultura en el Irun de 1625. Publicado en *El Diario Vasco*, 25 de marzo 2025. <https://www.diariovasco.com/gipuzkoa/historia/disputa-sepultura-irun-1625-20250325001029-nt.html>

⁵ Archivo Histórico de Euskadi. Fondo: Archivo de la Casa de Olazabal, sign. 001799, leg. 6, nº 3; sign. 000124, leg. 1, nº 24; sign. 001678, leg. 6, nº 7; 001677, leg. 6, nº 7.

⁶ Galdós Monfort, Ana (2026). *Espacios femeninos a finales del Renacimiento: vida, trabajo y memoria de las mujeres irundarras en los siglos XV y XVI*. Alberdania.

En el fondo, todo este proceso, tanto en el caso de los artículos como en el del ensayo, tiene un único propósito: representar a las mujeres tal como aparecen en los documentos, no como el imaginario colectivo las recrea. Mostrar sus contradicciones, sus conflictos, sus decisiones. A través de la narración literaria, intento devolverles la palabra, el nombre y la humanidad que el tiempo había desgastado. Porque escribir a partir de los archivos no consiste en inventar el pasado, sino en imaginar con el mayor respeto a la fuente que se maneja.

Conclusiones

Escribir sobre las mujeres del pasado exige no solo rigor, sino también una mirada narrativa capaz de hacer visible la experiencia humana que los documentos contienen. La investigación se apoya en la lectura minuciosa de las fuentes, pero la escritura es el espacio donde esa lectura se transforma en comprensión. En la *microhistoria*, cada detalle cuenta: un gesto, una firma o una palabra pueden iluminar procesos más amplios y revelar aspectos sociales de una época. Sin embargo, para que ese conocimiento llegue a otras personas, en especial aquellas donde los estereotipos están más arraigados, resulta esencial recurrir a la historia narrativa.

Por tanto, la escritura, entendida como un proceso creativo y no académico, ocupa un lugar central en mi trabajo. Escribir para un público no especializado implica adaptar el lenguaje, cuidar la estructura y seleccionar los detalles que permitan establecer una conexión emocional con la lectora o el lector sin perder la precisión histórica. En ese equilibrio entre el dato y la emoción, entre el análisis y la narración, reside la posibilidad de hacer comprensible el pasado. La escritura se convierte así en un instrumento de conocimiento, pero también en un acto de mediación cultural: una forma de acercar los archivos a la sociedad y de devolver a las mujeres su presencia en la historia.

En definitiva, la *microhistoria*, el archivo y la narración literaria conforman una misma práctica: una historia que escucha, interpreta y comunica. Escucha las voces de quienes quedaron al margen, interpreta los indicios que dejaron en los documentos y comunica esas experiencias de manera que sigan teniendo sentido en el presente.

Bibliografía

- Bonaudo, Marta (2016). Pero, ¿y las mujeres? ¿Qué sabemos de ellas? *Género y documentación: relecturas sobre fuentes y archivos*. Jaquelina Vasallo, Yolanda de Paz Trueba, Paula Caldo (coords). 79-96.
- Burke, Peter (1993). Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración. Peter Burke (Ed.). *Formas de hacer historia*. Alianza.
- Galdós Monfort, Ana (2026). *Espacios femeninos a finales del Renacimiento: vida, trabajo y memoria de las mujeres irundarras en los siglos XV y XVI*. Alberdania.

- Ginzburg, Carlo (2011). *El hilo y las huellas, lo verdadero. Lo falso, lo ficticio*. Fondo de cultura Económica.
- Levi, Giovanni (1993). Sobre microhistoria. Peter Burke (Ed.). *Formas de hacer historia*. Alianza.
- Magnússon, Sigurður Gylfi, Szijártó, István M. (2013). *What Is Microhistory? Theory and Practice*. Routledge.
- Piñón, Nélica (1999). *La memoria femenina en la narrativa*. Conferencia pronunciada en el Banco Interamericano de Desarrollo en Washington el 10 de noviembre de 1999.
- Pita, Veleria Silvina (2016). De documentos, indicios y mujeres. Una aproximación desde la historia social con perspectiva de género. Jaquelina Vasallo, Yolanda de Paz Trueba, Paula Caldo (coords). *Género y documentación: relecturas sobre fuentes y archivos*. 127-138.
- Traverso, Enzo (2022). *Pasados singulares. El "yo" en la escritura de la Historia*. Alianza.
- Zemon Davis, Natalie (1999). *Mujeres en los márgenes: Tres vidas del siglo XVII*. Cátedra.